

en inhuo destierro. Pero nos acordamos de la pensión anual de varios centenares de miles de ducados que a costa de inauditos sacrificios, nos enviaba en el pasado vía Méjico. Pedirla un sacrificio más sólo sería cosa de rutina. Pero esta vez, ha de ser en beneficio del español.

Y para terminar, señores, que no tenemos tiempo para responder a todos los cargos hechos contra el sistema educacional de España, permitásenos una consideración. Durante la primera guerra mundial se cuidó de proveer minuciosamente a los soldados de abundantes víveres. Empero iban cayendo enfermos, presentando todos síntomas desconocidos. Se hicieron ensayos, se practicaron experimentos, y concluyeron que algo esencial faltaba en la dieta: unas sustancias misteriosas, pero necesarias, que llamaron *vitaminas*.

También en nuestro siglo se ha practicado toda clase de ensayos en las escuelas. El sistema es excelente; el número de escuelas, satisfactorio; la condición de las mismas, muy buena. Centenares de entendidos emplea el Gobierno en inspeccionar y velar por la buena marcha de la enseñanza en los Islas. Miles de pesos gastan los padres de los niños, sobre los centenares de miles del Gobierno, en mejorar la educación de la juventud.

Y a pesar de todo, encontramos que falta algo. No acertamos a ver qué, pero algo falta. Raro es el día que no leamos en el periódico diario un asesinato, un robo, un suicidio, un atraco, etcétera. Los ancianos nos dicen que esto no sucedía antes. Se buscan causas, se estudian datos, se adoptan medidas, se ponen a disposición de las escuelas todos los adelantos modernos. Pero, sin efecto.

Los que estudiaron a base del sistema antiguo dicen que era más clásico y tradicional que el que ahora tenemos; pero esto sólo no lo explica. Razón hay para dejarle e ir a lo práctico. Otra causa para abandonar el antiguo, es que daban mucha importancia a los valores espirituales. Pudieran ser aquéllos las vitaminas que faltan al moderno...?

He dicho.

DISCURSO DE DON FRANCISCO LIONGSON

EL PRESIDENTE DE TURNO. Corresponde ahora el uso de la palabra a Don Francisco Liongson, Miembro de la Academia Filipina, correspondiente de la Real Española, y Presidente del Círculo Escénico.

EL SR. LIONGSON. Ilustre Presidente; distinguidos miembros del Primer Congreso de Hispanistas de Filipinas; damas y caballeros:

La voz de la Historia una vez más lanza su llamamiento bajo nuestro cielo; el grito de la raza vuelve a resonar en tierras Filipinas, con ecos de recriminación y reconvencción de pueblos hermanos, que nos recuerdan nuestra pragnie común y nuestro abolengo, al par que nuestros oídos perciben, traídos por el viento entre sus alas, acentos dulces y tiernos de canción de cuna; susurros de amor y ternura, que sólo pueden modular unos labios santos de madre olvidada.

Filipinas, respondiendo a ese llamamiento y a esas voces, y no pudiendo negar su propia historia, y menos dudar de su origen legítimo y sagrado, ha decidido celebrar este Congreso, que sólo hijos depravados

y desnaturalizados pueden mirar con odio y con rencor. Congreso, no de sabios ni doctos, ni menos de grandes genios que pretenden guiar a nuestro pueblo por los derroteros de su vida política, económica o nacional; sino de filipinos orgullosos del pasado de su patria y que tratan de revivir y perpetuar los inmensos valores que ese pasado encierra; valores que se sintetizan y expresan con una sola palabra: HISPANIDAD. Hispanidad con que la Providencia ha querido sellar nuestra existencia; hispanidad de la que no podemos aislarnos ni desentendernos; hispanidad que palpita y late en todo pecho filipino leal y noble; hispanidad que vibra y resplandece en cada capítulo y en cada página de nuestra historia.

Damas y caballeros: el pueblo filipino ha transpuesto los umbrales de la madurez y ha asumido todas las responsabilidades de una nación libre; y tiempo es ya, de que dando fé de esa madurez y de esa responsabilidad se haga justicia a sí mismo. ¿Cómo? Comenzando por hacer constar con caracteres bien claros y definidos, grabados al fuego y en granito, su certificado de nacimiento, que establece y afirma su ascendencia y progenie hispanas: no por la sangre ni por razones étnicas, no por la raza ni el color, que se prestan a variadas mixtificaciones y son materias fáciles de adulteración; sino por otros elementos más vitales y perpetuos, por otros rasgos perennes e imborrables; su catolicismo y su civilización, que son el sello excelso de la hispanidad.

Extendamos una mirada hacia los otros pueblos vecinos de Filipinas; recorramos en un vuelo imaginario todas las islas y continentes que nos rodean; analicemos los rasgos más notables que caracterizan a cada grupo de los que componen el vasto elemento humano que llena esta parte del globo; y nuestros ojos comprobarán, para orgullo nuestro y asombro de extraños, que sólo bajo los cielos de Filipinas se ve el maravilloso espectáculo, de que en cada pueblo y barrio importante de esta perla de nuestros amores, se levanta una iglesia o una humilde ermita, donde se yergue majestuosa la Cruz de la Redención, como emblema inequívoco de fe y catolicismo; y el que dice catolicismo, dice civilización; y el que dice civilización, dice cultura: civilización y cultura sembrados en nuestro suelo y cultivados por Magallanes y sus sucesores, para darnos dignidad de humanos, conciencia de pueblo homogéneo y unido y casta de hispanidad: sacra herencia y divino tesoro que nos cualifica como nación soberana, que la España conquistadora de mundos supo legar a todos los pueblos en cuyo suelo flameó gloriosa esa bandera madre de veintuna repúblicas.

Mucho se ha hablado y se habla de hispanidad en estos días, con motivo de este Primer Congreso de Hispanistas que se celebra en Filipinas y por la fecha señalada para conmemorar ese día único en la Historia Universal: el Día de la Hispanidad. Y ésta es la mejor ocasión para Filipinas, como nación soberana, de detener por un momento sus pasos, volviendo la mirada hacia atrás; no para convertirse en estatua de sal como la mujer de Lot, sino para recordar cuál fué su origen y rendir el culto debido a su pasado histórico, que es también el pasado histórico de todos los pueblos de la hispanidad.

Yo entiendo que este Congreso debe ser, precisamente, eso: un alto en el camino; un aislamiento, siquiera momentáneo, de todo lo artificioso, postizo y falso que

envuelve a nuestro ser como filipinos; que ha contribuido y contribuye a deformar y caricaturizar nuestra figura y nuestro tipo verdadero y real, así como a adulterar y falsear nuestro espíritu genuino y legítimo. Y aprovechando este aislamiento, hagamos un examen de conciencia y tengamos el coraje suficiente de confesar nuestras culpas y faltas, con firme propósito de enmienda y rectificación.

Si los quilates de grandeza y civilización de una nación se midieran por las cualidades morales y cívicas de sus ciudadanos, por sus costumbres y hábitos de dignidad, disciplina y temor de Dios, yo me atrevería a afirmar que, desgraciadamente, mucho hemos perdido en ese sentido en el curso de estos cincuenta años que llevamos de siglo, debido a haber estado sometidos a influencias extrañas, que aquí han implantado el laicismo en las escuelas y el libertinaje en las costumbres, procurando también apagar los resplandores de una lengua con la que aprendimos a creer en Dios y amar a la patria. Alusiones funestas que han devaluado el oro legítimo de nuestra moral; ahogando con ello lenta, pero eficazmente, nuestras mejores cualidades y virtudes; minando los cimientos que servían de base a la estructura de nuestra personalidad como pueblo y como nación, hasta el extremo de inducirnos a suplantar nuestra fe de bautismo, falseando la ascendencia materna que nos dió la vida y la existencia.

Y si no se ha perdido todo; si aun nos quedan esperanzas de volver a levantar y reconstruir lo destruido es porque parte de esa estructura se mantiene en pie, gracias a la labor tenaz y perseverante de los ministros de la Iglesia y de los centros de enseñanza privados, donde se enseña a la juventud el temor a Dios y la obediencia al Decálogo, y gracias a ese espíritu de hispanidad que todavía alienta y vive en algunas capas de nuestro mundo social y político. Espíritu de hispanidad con el que se han ido tejiendo los lazos que dieron consistencia y realidad al concepto cristiano de la familia y del hogar nativos; espíritu de hispanidad que nos inculcó el respeto al superior, la obediencia a la ley y el acatamiento al orden social establecido por el Derecho Natural; espíritu de hispanidad que se revela y manifiesta en las sagradas páginas del "Noli", en los versos inmortales del "Último Adiós," en la constitución de la primera República y en las actas del Congreso de Malolos; perpetuado en las brillantes peneas de nuestros magistrados, en las inspiradas y sublimes amorfas que brotaron de la lira de nuestros poetas nacionales, y en las oraciones parlamentarias de nuestros más grandes tribunos. Espíritu de hispanidad que vibra y resuena en nombres de provincias, pueblos y barriadas, calles y avenidas, plazas y lugares de nuestro suelo; espíritu de hispanidad que moldeó y formó el alma y el cerebro de las figuras más rutilantes y egregias de nuestra historia; espíritu de hispanidad que se resiste a desaparecer y a ser aniquilado, del cual nuestros propios nombres y apellidos son un constante recordatorio, al par que una severa recriminación a nuestra indiferencia rayana en olvido, a lo que es esencia y alma de nuestra propia existencia.

Nuestra gratitud al gran pueblo norteamericano, como nuestro mentor y guía en los métodos democráticos de gobierno, hasta llegar a concedernos una independencia respaldada por su prestigio y poderío, no debe ser motivo ni causa para olvidar, ni menos depreciar, los sagrados lazos que nos ligan a la Hispanidad.

Y si antes, bajo una tutela o presión extraña, se llegó a la relajación de esos lazos, y hasta a olvidar y despreciar sus valores positivos, ahora ha llegado el momento de que hagamos un balance de nuestro acervo cultural y moral, y de acuerdo con ese balance nos determinemos a recuperar y restaurar lo perdido: primero, implantando la instrucción religiosa obligatoria en todas las escuelas y colegios de la nación, para que el filipino no sólo sepa leer y escribir, pensar y discutir, gobernar y mandar; sino que también conozca lo que es creer en Dios y amar al prójimo; piedras angulares y bases imprescindibles para que en toda comunidad reinen la paz y el orden, la libertad, la igualdad y la fraternidad en su verdadero concepto cristiano y puro. Y segundo, dando a la enseñanza del idioma español todos los privilegios y prerrogativas a que tiene derecho, no sólo como instrumento de cultura y civilización, sino porque para nosotros fué el puente de oro y la llave mágica que nos abrió el camino y nos franqueó el sendero que conducen a la manumisión y a la propia soberanía; y no tratar a ese idioma como a una Cenicienta o una pordiosera, que tiene que mendigar un huécco mísero y oscuro en nuestras escuelas y universidades, olvidando que en esa lengua aprendieron nuestros héroes y mártires, nuestros caudillos y estadistas lo que valen y significan estas tres palabras: Dios, patria y libertad.

Sólo así demostraremos al mundo que Filipinas es como debe ser; sólo así brillará para nosotros en todo su esplendor el sol de nuestra enseñanza, sin que las generaciones futuras puedan culparnos de haber perdido y destruido tesoros de tanto valor, legados a nuestros padres y abuelos como copartícipes de esa hispanidad que hoy conmemoramos.

Que este Congreso, damas y caballeros, sea el primer paso que nos oriente a tan nobles fines; la voz evangélica de "levántate andá" para esa labor de rectificación y desagravio; el toque de alerta que despierte de su letargo, no sólo a los elementos hispanistas de Filipinas, sino a todo filipino orgulloso de serlo; para que, unidos y organizados, nos decidamos a emprender esa campaña de reafirmación en nuestro origen histórico, de rectificación de pasados errores y de adhesión cálida, sincera, ferviente y entusiasta a ese grupo de naciones que piensan y sienten como nosotros, porque al igual que nosotros aman y odian, rien y lloran, cantan y oran en el mismo idioma, y con nosotros bebieron de la misma fuente y heredan de una madre común los altos conceptos de hidalguía, caballerosidad y fe en Dios, que no tienen precio ni son cotizables en el mercado del oro, porque no pueden comprarse, puesto que sólo se adquieren por derecho de sucesión.

DISCURSO DEL HON. SR. FERNANDO LÓPEZ

EL PRESIDENTE DE TURNO. Ahora nos dirigirá la palabra el Honorable Señor Fernando López, Vicepresidente de Filipinas y Vicepresidente Honorario del Primer Congreso de Hispanistas.

EL HON. SR. LÓPEZ. Distinguidos miembros de este Congreso; damas y caballeros:

Efusiva y cordialmente, yo os felicito por la brillante idea que habéis tenido de organizar este Congreso de cultos y sabios hispanistas, en un período de nuestra historia nacional en que todas las fibras